
Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores (Colección Metamorfosis dirigida por Carlos Altamirano), 2012, 436 págs. ISBN 978-987-629-178-1

Entre la pluma y el fusil es un libro sugerente por su apelación inicial a lo biográfico y memorialista. Bucea en el *ethos* revolucionario de la década del sesenta y setenta que definieron su identidad peronista, misionera y después trotskista y orientaron sus elecciones de consumo de bienes simbólicos como la película *La Hora de los Hornos*, revistas como *El Descamisado*, el disco de la Cantata Santa María de Iquique del Grupo Quilapayún, cuyas apariciones en el mercado cultural fueron verdaderos acontecimientos. Su autora Claudia Gilman se ha especializado en las relaciones entre arte y política, en la emergencia de vanguardias estéticas y regionales en América Latina y las creaciones culturales, estéticas y artísticas continentales, conformando esta obra en su primera edición su tesis doctoral presentada en la Universidad de Buenos Aires, cuya investigación fue iniciada en la *École des Hautes Études en Sciences Sociales* de París.

Merece detenernos en el interés que han ocupado los años sesenta en la historiografía argentina con la aparición en 1991 de los textos de *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual* de Oscar Terán¹ e *Intelectuales y poder en los años sesenta* de Silvia Sigal,² en los que los años que van de 1956 a 1966 se implantaron como un “problema cultural y político”,³ para dar

respuesta a la emergencia de una nueva izquierda intelectual que experimenta un proceso de “nacionalización” y alejamiento de sus tradiciones universalistas, en respuesta a la crisis de la tradición liberal democrática que había sido su fermento original a comienzos de siglo, lo que les permitirá abordar también la experiencia del peronismo y su proscripción. O más recientemente, con las obras de Isabella Cosse, Karina Felitti y Valeria Manzano, *Los '60 de otra manera. Vida cotidiana, género, sexualidades en la Argentina*⁴ en el que las autoras buscan reconstruir la experiencia vivida por los jóvenes, las familias y las mujeres de esos años desde una perspectiva de la historia social y cultural; y el texto de Valeria Manzano, que explora a la juventud como una categoría cultural y política y a los jóvenes como agentes de modernización, rebelión cultural y radicalización política en su libro más reciente: *La era de la juventud en Argentina. Cultura, política y sexualidad desde Perón a Videla*.⁵

A este renovado interés por los '60 culturales o contraculturales que acompañó la transiciones políticas del Cono Sur en los años '90 como también después de 2010, encontramos otra instancia intermedia de renovación, aparecida en la primera década de este siglo (al menos desde 2005 con la celebración de la cumbre de las Américas en Mar del Plata) que abarcaron el estudio de la *Guerra Fría cultural* en el que los problemas de América Latina parecían tener su correspondencias y/o hibridaciones en una coyuntura épocal en la que había que definir estrategias comunes para insertarse geopolíticamente frente a los EE. UU. La historia intelectual permite abarcar aquellas actualizaciones en las que las experiencias del destino común del continente alcanzaban significación sólo desde una perspectiva global y planetaria.⁶

¹ Recientemente reeditado por Siglo Veintiuno editores en 2016. Oscar TERÁN, *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina, 1956-1966*, Buenos Aires 2016.

² Silvia SIGAL, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires 1991.

³ Hugo VEZZETTI, “Estudio preliminar” de Oscar TERÁN, *Nuestros años sesentas*, p. 11. Véase además Hugo VEZZETTI, “Los sesenta y los setenta. La historia, la conciencia histórica y lo impensable”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual* 15, 2011, pp. 53-62.

⁴ Esta obra, editada en Buenos Aires por Prometeo en 2010, es una compilación de las autoras, resultado de la 1^a Reunión de Trabajo con el mismo título de la obra realizada en 2008 en el IDAES (Universidad Nacional de San Martín).

⁵ Editada por, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires 2017 (1^a ed en inglés en 2010).

⁶ Me refiero a Vanina MARKARIAN (Editora a cargo), “Cultura y política en América Latina

Dentro de esta perspectiva, la de los sesentas culturales, la reedición de *Entre la pluma y el fusil* de Claudia Gilman en 2012,⁷ un libro necesario para los investigadores de la historia intelectual del siglo XX, la convierten en una nueva oportunidad de lectura también para las jóvenes generaciones que necesitan abordar desde una perspectiva global, “internacional e internacionalista” (p. 14) de las décadas del ‘60 y ‘70. Por sus páginas se reconocen las modulaciones del antiimperialismo, el guevarismo, las recepciones del marxismo y el maoísmo, el impacto de la Revolución Cubana a escala planetaria, la vía chilena al socialismo en Chile, la toma de conciencia y solidaridad del Tercer Mundo que constituyen múltiples rutas que exponen la relación entre literatura y política en un contexto donde la modernización cultural de mediados del siglo XX le sirve de marco.

Merecen especial atención estas palabras extraídas de sus páginas iniciales:

El bloque temporal sesenta/setenta constituye una época que se caracterizó por la percepción compartida de la transformación inevitable y deseada del universo de las instituciones, la subjetividad, el arte y la cultura, percepción bajo la que se interpretaron acontecimientos verdaderamente inaugurales, como la Revolución Cubana, no sólo para América Latina sino para el mundo entero.⁸

En la introducción partirá de su personaje central: la figura del *intelectual* para vincular su relación

con el poder político y cultural partiendo de la teoría de campo intelectual de Bourdieu, una perspectiva que también la aproxima a sus posiciones dentro del campo, como “reglas de un juego social” que define sus discursos y modos de intervención, su estrato socio-profesional y las creencias, comunidades lingüísticas, circulación de discursos de su época. Se ocupará además de la emergencia de una nueva *literatura latinoamericana*, su institucionalización, reconocimiento y consagración a nivel mundial que acompaña el *boom* de sus producciones. En el prólogo rescata en particular el volumen colectivo editado por Ángel Rama *Más allá del boom: Literatura y mercado* (1984),⁹ que permitió ver la articulación entre modernización y política y la tensión entre literatura, mercado y revolución. Abordará estas conexiones presentes en las *revistas* en las que dialogan o confrontan entre sí constituyendo uno de los principales artefactos por los que estos escritores-políticos se manifiestan. Las revistas que ella estudia: *Marcha*, *Casa de las Américas* y *Libre* uniendo las perspectivas de la historia intelectual, la crítica literaria y de las ideas (p. 25), serán un recurso ineludible para reconstruir la autonomía del campo literario y la ampliación del mercado editorial.

En el capítulo 1 intenta desnaturalizar la nomenclatura sesenta y setenta que abarcan los “cambios prodigiosos” producidos durante los 14 años que van desde la Revolución Cubana al golpe de Allende y las dictaduras sudamericanas en la que todo pareció acelerarse y las expectativas revolucionarias de antaño se volvieron inminentes. Además de examinar los cambios producidos en el continente, analiza también las implicancias de la coexistencia pacífica entre los EE. UU. y la URSS, la formación del movimiento no alineado, el avance de la nueva izquierda en Europa, el *black power*, la crisis del petróleo de 1973.

En el capítulo 2 dará cuenta de la emergencia del intelectual comprometido portavoz “de una conciencia humanitaria y universal” independientemente de las fronteras y las nacionalidades (p. 72), cuando Sartre denunciaba las torturas en Argelia o aparecía Russell oponiéndose a la guerra nuclear y a la intervención norteamericana en Vietnam. En América Latina esa misma emergencia coincidirá con la difusión vertiginosa de escritores y novelas latinoamericanos Gabriel

en los años sesenta”, *EIAL Estudios Interdisciplinarios en América Latina y el Caribe* 17/1 2006, pp. 1-184; “Los ‘años 60’ o el viejo tiempo de la revolución. Entrevista a Aldo Marchesi”, *Nueva Sociedad. Democracia y política en América Latina*, Mayo 2003, pp. 1-12. O más recientemente el *Dossier: Guerra Fría cultural en América Latina* bajo la dirección de Ximena ESPECHE y Laura EHRLICH, con el texto preliminar. “Presentación. Guerra fría cultural en América Latina: prácticas del saber en conflicto”, *Prismas. Revista de historia intelectual* 23/2, 2019, pp. 172-179.

⁷ Claudia GILMAN, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina. Nueva reedición ampliada*, Buenos Aires 2012.

⁸ GILMAN, *Entre la pluma y el fusil*, p. 33.

⁹ Ángel RAMA (ed.), *Más allá del boom. Literatura y mercado*, Buenos Aires 1984.

García Márquez, Mario Vargas Llosa y la difusión en ediciones baratas de las obras de Roa Bastos, Rulfo, Onetti, Carpentier, Cortázar, Fuentes. El “idilio entre escritores latinoamericanos y su público”, se vio fortalecido por el compromiso de las editoriales en ampliar la cantidad de ejemplares y aumentar su frecuencia, y de un periodismo cultural que además daba testimonio y resonancia de los premios otorgados por Casa de las Américas y la editorial Seix Barral, a los que se sumaron la obtención de los premios Nobel por Gabriela Mistral y Miguel Ángel Asturias en 1967 y Pablo Neruda en 1971.

En el capítulo 3 se detendrá a analizar la constitución de un campo intelectual latinoamericano, proceso que definirá como la “constitución deliberada, compleja y voluntariosa de una corporación o frente intelectual” (p. 102) a comienzos de los años ’60 siguiendo a Bauman,¹⁰ proceso que se verá plasmado en encuentros de escritores en Concepción, Chile como el *Primer Congreso Latinoamericano de Escritores* celebrado en Arica, Chile en 1966; el segundo en México en 1967 y la celebración de congresos internacionales de Literatura en Caracas y La Habana. Los encuentros fueron además terrenos de controversia de ambos bloques cuando en 1960 se celebró en París el *Congreso por la Libertad de la Cultura* organizado por Estados Unidos en el que se señaló la Revolución Cubana como una nueva amenaza totalitaria, premisa que fue incluida y debatida en su órgano de difusión, los *Cuadernos*, y continuada con la creación de *Mundo Nuevo* bajo la dirección de Emir Rodríguez Monegal.

En el capítulo 4 la figura del escritor comprometido de 1966-1968: “crítico, ideólogo, buen escritor o militante” se desplazó a la conciencia crítica de la sociedad demostrando su compromiso con su obra y como autor. La primera involucró un programa estético-político vanguardista o de ruptura que “avanzaba” hacia la revolución; la segunda función, la politización, anunciable una censura ya anticipada por Silvia Sigal (*Intelectuales y política en la década del sesenta*) con el “arte social” en el sentido sartreano. Ambas expresiones: literatura y vida eran indivisibles como componentes de una misma experiencia, y consagraban “su legitimidad político-ideológica con su práctica poética” (p. 149) que se manifestaba en entrevistas

literarias: notas de prensa, reportajes que eran consumidos por sus lectores.¹¹

La transición al socialismo que suponía la formación de un nuevo hombre, un nuevo arte y un nuevo intelectual tenían cabida en este proyecto revolucionario fundado en el compromiso. Esa lucha se materializó en los escritores que participaron en la *Tricontinental* en 1960 a favor de la liberación del tercer mundo, los países descolonizados y la Revolución Cubana en la que se cristalizaron “la conciencia del intelectual revolucionario como contribuyente a la obra común y no como conciencia crítica frente a ella” (p. 161). El asesinato del Che Guevara abrió un canal de expresión que condenó su marginalidad y los acusó por su falta de compromiso revolucionario mientras desde las revistas, sus lectores los instaban a tomar las armas. La opción entre “abandonar la máquina de escribir para empuñar el fusil” fue discutida y la categoría de vanguardia antiimperialista abandonó a los intelectuales para abarcar las de la lucha armada y los ejércitos de liberación. La noción de compromiso era lábil y colocaba la “práctica simbólica del intelectual” en una práctica, sino desprestigiada, al menos insuficiente como acción revolucionaria (“anti-intelectualismo” en palabra de la autora).

En los siguientes capítulos 5 y 6 Claudia Gilman se hará eco de los debates que acerca del anti-intelectualismo aparecieron parcialmente en la revista *Casa de las Américas* (1967) cuando Vargas Llosa o Cortázar politicaron su rol de intelectuales y se declararon parte del Tercer Mundo, mientras otros, sus verdaderos protagonistas (Fidel Castro, el Che Guevara y Camilo Torres) se reconocieron como intelectuales revolucionarios por militar la revolución, además de protagonizar y conducirla. El proceso revolucionario cubano que cristalizó la experiencia vanguardista “nunca fue estético” (p. 189): su apuesta por el realismo socialista serviría de oportunidad para condenar el intelectualismo burgués. Ese realismo tal como había sido definido por los escritores participantes en *Lunes de revolución*, reuniones mantenidas con Fidel en 1961, les asignaba las tareas revolucionarias de “educar, propagandizar, contar la realidad, escribir buena literatura” (p. 194). Ese anti-intelectualismo del gobierno revolucionario cubano se hizo explícito en otros contextos entre 1969

¹⁰ Zygmunt BAUMAN, *Legisladores e intérpretes*, Buenos Aires 1997 (1^a ed. 1987).

¹¹ RAMA, *Más allá del boom*, 1984 citado por Silvia SIGAL, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires 1991, p. 105.

y 1971 cuando condenó a Cabrera Infante, agregando cultural de Bruselas apartado de la revolución por sus inclinaciones burguesas, atacó los jurados del premio Casa de Américas: Ángel Rama, Alejo Carpentier, Paco Urondo, David Viñas, Roberto Fernández Retamar clasificándolos como “parásitos” (pp. 222-223), expulsó a Heriberto Padilla del diario *Granma* y lo encarceló acusándolo de actividades contrarrevolucionarias.

En el capítulo 7 se observará el fin del boom latinoamericano. Sus editoriales caerán en bancarrota desplazadas por otras multinacionales mucho más elegidas por sus autores. La obra literaria pasó a ser vista como una “mercancía” para ser difundida, atendiendo a sus tiradas, traducciones y derechos de autor (p. 269) en medio de un mercado de consagración que permitía ver la literatura y el escritor como contrario a su politización (p. 277). La revista *Libre*, editada en París por escritores antifranquistas Juan Goytisolo, Manuel Vázquez Montalbán y Jorge Semprún desde 1971, servirá de tribuna para rehabilitar la figura del escritor crítico vapuleada por los “intelectuales responsables” en el sentido de Bourdieu (o anti-intelectuales) al tiempo que ellos mismos se proclamaban como “intelectuales libres” y en contra del terrorismo. El proyecto fue de corto aliento, lo que permite ver las modulaciones que intervienen en la duración de una revista: nacida de un “acontecimiento fortuito –el caso Padilla–” estaba integrada por una constelación de colaboradores latinoamericanos consagrados por el mercado y la crítica: Monsivais, Octavio Paz, Jitirik, Márquez, etc. comité que se vio reducido ya en los primeros números con la salida de Cortázar, Gelman, Urondo; sus dificultades de financiamiento y de filiación como “hija menor” de *Mundo Nuevo*, financiada por la CIA, que la hizo ver como un instrumento de penetración del imperialismo. En el capítulo 8 los intelectuales, sus compromisos y programas estéticos y culturales que vehiculan las revistas perderán el carácter central, con la emergencia de una nueva poética orientada hacia otras formas de expresión artística del campo intelectual: la novela testimonial, cuyo punto de partida era la investigación documental basada en “personajes, fechas, lugares reales en palabras de uno de sus cultores: Ernesto Cardenal (p. 346); la nueva “canción de protesta” también llamada “canción revolucionaria”, “canto de lucha”, “nueva canción”; el cine político documental y de investigación histórica que representaba el Nuevo Cine Latinoamericano, inaugurado en el Festival de Viña del Mar en 1967 y su expresión

argentina con el *Grupo Cine Liberación* protagonizado por Pino Solanas y Octavio Getino. La obra cierra su último capítulo cómo empezó, presentando con estas referencias aquellas que constituyan los consumos culturales de sus años ’60 y ’70.

Primero está la política: una unidad de experiencia contemporánea que atraviesa la geografía mundial. Claudia Gilman recupera la percepción de Robert Kennedy del carácter mundial de la revolución cuya marcha precipitada no se podía detener. La Revolución Cubana constituyó un verdadero fermento revolucionario abriendo su propia agenda política, afirmando su noción de compromiso intelectual, criticando toda forma de penetración imperialista y desplazando esa denuncia a la cultura musical y audiovisual. El marxismo y la nueva izquierda permanecerán como expresiones de la contracultura y en defensa de las minorías dominadas al día de hoy: la negritud, la ecología, el feminismo. Nacerá el nuevo intelectual de izquierda y el mundo intelectual se dividirá en rebeldes y académicos, apocalípticos e integrados, cuyo programa cultural irá de la “euforia a la depresión” (p. 375). “¿Proyecto incumplido?”, se pregunta Gilman. Los nuevos intelectuales (denunciantes, comprometidos, revolucionarios, etc.) nacieron reunidos por una idea, inventaron redes y aprovecharon las existentes, emergieron como conciencia crítica, solidarizándose unos y otros como miembros de una cofradía en los que el mercado y el público junto con los avatares de la cultura del libro enmarcarán su discusión sobre programas estéticos y políticos.

Historia intelectual, historia de las ideas, historia de la cultura, historia social de la cultura: este libro reconstruye los avatares en la definición del campo,¹² y muestra la polisemia de sus términos permitiendo observar las siguientes intersecciones dentro del mismo:

1. El análisis de los discursos en sus contextos: sus sentidos y significados en medio de debates, confrontaciones dentro de las cuáles se organizan los términos de “revolución”, “tercer mundo”, “guerrilla”, etc.
2. La reflexión sobre el intelectual como problema y su lugar en la esfera pública, como parte también de las intersecciones entre literatura

¹² Hilda SÁBATO, “La historia intelectual y sus límites”, *Punto de vista. Revista de cultura*, Buenos Aires XI/28, Noviembre 1986, pp. 27-31.

- y política: “historia de la lengua y la literatura, de los artistas, el arte y la música”.¹³
3. La comprensión de la sociología de los intelectuales al atender su lugar en el mercado editorial, su participación en encuentros, sus colaboraciones en revistas en los que se observan sus programas culturales-ideológico y político por el que construyen y renuevan sus solidaridades quienes por su reconocimiento público (y político) conforman élites intelectuales capaces de discutir y redefinir su configuración en medio de los acontecimientos.
4. La atención a las revistas culturales y la configuración del campo revisteril como un campo específico dentro del campo intelectual.¹⁴ Esas revistas que nos permiten ver las modulaciones de diferentes disputas, configuran además una “estructuras de sentimiento” capaces de aglutinar a lectores y escritores.
- Finalmente, la reedición de *Entre la pluma y el fusil* de Claudia Gilman en 2012 es un libro necesario para los investigadores de la historia intelectual del siglo XX, la convierten en una nueva oportunidad de lectura también para las jóvenes generaciones que necesitan abordar desde una perspectiva global, “internacional e internacionalista” de las décadas del ’60 y ’70. Permite además responder a las demandas sociales de intervención en el campo político: la renovada apuesta internacional por Patria Grande como parte de este continente. Por sus páginas se reconocen las modulaciones del antiimperialismo, el guevarismo, las recepciones del el marxismo-leninismo y el maoísmo, el impacto de la Revolución Cubana a escala planetaria, la vía chilena al socialismo en Chile, la toma de conciencia y solidaridad del Tercer Mundo que constituyen múltiples rutas que exponen la relación entre literatura y política en un contexto donde la modernización cultural de mediados del siglo XX le sirve de marco.

por Andrea Fabiana Pasquare
(Departamento de Humanidades-Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca)
(Escrito en español por la autora)

<https://doi.org/10.14712/24647063.2025.9>

Breve información sobre la autora

Correo electrónico: apasquare@yahoo.com
Andrea Pasquare es profesora y licenciada en Historia es egresada de la Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca en 1991 y 1993 respectivamente. Desde 2023 se encuentra cursando la Maestría de Historia Intelectual en la Universidad Nacional (Virtual) de Quilmes. Es docente de grado de las carreras de Historia de la Universidad Nacional del Sur y del Instituto Superior de Form Docentes N° 3, Dirección General de Cultura y Educación de la provincia de Buenos Aires. Sus temas de investigación se han orientado a las redes de circulación de ideas y escritos entre España, América y Argentina entre 1890-1914, viajes intelectuales, encuentros institucionales y figuras que definieron un americanismo programático desde fines del siglo XIX. Ha participado activamente en jornadas y encuentros de su especialidad como así también colaborado en publicaciones colectivas y en revistas científicas como así también en la dirección de proyectos de grupos de investigación sobre historia sociocultural en el siglo XX, publicaciones periódicas con especial énfasis en revistas culturales del modernismo hispanoamericano.

¹³ Peter BURKE, *Formas de historia cultural*, Madrid 2000, pp. 18-23.

¹⁴ Horacio TARCUS, *Las revistas culturales latinoamericanas. Giro material, tramas intelectuales y redes revisteriles*, Temperley 2020, pp. 20-22.